

El Diablo y otros espantos de Camburito



«Yo lo mire y casi me desmayo del susto. El hombre no tenía ojos, solo unas cuencas oscuras y profundas señalaban su lugar. El rostro agradable que vi antes ya no estaba.»

HENYEMBER JAVIER PÉREZ BLANCO

HENYEMBER JAVIER PÉREZ BLANCO

24 años

Era la noche del 12 mayo de 2005, yo venía como a la una y media de la madrugada para mi casa ubicada en la urbanización Camburito, después de visitar a mi novia, quien vivía en el mismo sector. Como de costumbre me quité la cadena de oro y la guardé en el bolsillo de mi camisa, asegurándome de que allí tenía un cigarrillo que encendería en el trayecto hacia la casa. Al salir a la esquina de la calle 9, extendí la mirada y vi la acera completamente sola, bajé la vista, y al volverla a alzar vi a un desconocido como a quince metros de distancia que venía hacia mí. Sentí temor por tanto delincuente que hay en Acarigua y Araure y tuve la intención de regresarme; pero observé al tipo, no me pareció mala gente, estaba muy bien vestido con pantalón y camisa negra, bien peinado, pelo brillante, buen físico, una estatura de uno noventa o dos metros de alto y una barbita bien rasurada, tipo «candado». Supe de inmediato que no era del sector, porque todos los muchachos allí nos conocíamos, él tenía como 30 años.

Al enfrentarnos nos dimos las buenas noches y nos quedamos como parados los dos. Yo le pregunté, como para iniciar la conversación, pues sin pensarlo y sin saber por qué me quedé parado frente a él: Chamo, ¿tú como que estás perdido? Él me respondió con muy buena pronunciación: No, pana, yo ando buscando a un tipo que tiene una deuda conmigo y esta noche se la voy a cobrar.

El tipo no siguió su camino, sino que se regresó conmigo, iba callado y de pronto me dijo: Tú te vives quejando, te preocupas porque te hace falta plata, eres inconforme. Yo te puedo poner en plata..., pero plata de la buena, no tres lochas. Por mi mente inmediatamente pasó la idea de que el tipo era traficante de drogas y de una vez le respondí: No, chamo, nada que ver. Él rápidamente me dijo: No es lo que tú estás pensando; es un trabajo muy fácil, lo que tienes es que hacerme un favor y te ganas un buen dinero. Le respondí nuevamente: No..., no..., nada que ver. Él sacó un cigarro del bolsillo de su pantalón y mostrándomelo dijo: ¿Quieres? Le respondí: No..., no..., yo tengo. Él volteó la cara para el lado opuesto a mí, mientras no sé con qué encendió el cigarrillo. Yo metí mi mano en el bolsillo de mi camisa para buscar el cigarro y no estaba..., había desaparecido. El tipo me miró y me dijo sonriente: No importa, de este fumamos los dos.

Ya habíamos llegado al final de la cuadra cuando nos paramos nuevamente y él me preguntó: ¿Dónde vives tú? Yo lo mire y casi me desmayo del susto. El hombre no tenía ojos, solo unas cuencas oscuras y profundas señalaban su lugar. El rostro agradable que vi antes ya no estaba. Di tres pasos hacia atrás y comencé a correr, en segundos recorrí más de ocho cuadras y sentía que lo llevaba pegado a mis piernas. Llegué a la casa todo sudado y me salvó que allí estaban mis amigos tomándose unas cervezas, las rejas estaban abiertas y todas las luces encendidas. Seguro estoy que de haber encontrado la casa cerrada y tener que abrir candados en lo oscuro me hubiese desmayado y tal vez ni lo estaría contando.

Mi rostro estaba tan pálido que todos me rodearon y me preguntaron qué me había pasado, yo casi no podía hablar y como pude les dije: ¡Me salió el diablo! Y todos largaron una carcajada de incredulidad porque los jóvenes no creen en esos fenómenos; pero fue verdad lo que me pasó. Lo juro.

Sobre esta historia, debo referir aquí que en viaje a la ciudad de Barinas, como investigador inquieto por divulgar los mitos y las leyendas del estado Portuguesa, la narré a un grupo de amigos, entre ellos se encontraba el sociólogo Javier Torres Paredes, su hermano Frank y un joven de Barinitas llamado Rafael Medina. Este último contó que allí, en Barinitas, había pasado un caso con un elemento que presentaba características exactamente iguales, con la barbita y todo. El hombre llegó solo a una discoteca y las muchachas se pusieron como locas para llamarle la atención y comentaban: ¡Qué mango!... ¡Ese tipo si está bueno! Al fin una de ellas lo atrajo y se pusieron a bailar. Ya en la madrugada la muchacha le dijo que quería ir al baño. Él se ofreció a acompañarla hasta la puerta. Cuando las amigas se dieron cuenta de que la joven no regresaba fueron en su busca y... ¡Sorpresa! La encontraron desmayada en el baño con un poco de ceniza regada en el lado izquierdo de su pecho. El hombre había desaparecido y nadie lo vio salir, ni siquiera el portero de la discoteca.

WALDEMAR ESTRADA

52 años

Yo me mudé para la urbanización Camburito hace unos diez años y acostumbraba en la tarde a sentarme detrás de la casa, y esa calle colinda con la finca de los Monsalve. Ahí anochecía escuchando radio.

Una noche como a las nueve y media veo que desde el fondo de la calle, por todo el centro, viene un ovejo negro con una campana guindando del pescuezo que sonaba fuerte, pasa por todo el frente mío y al llegar a la esquina el ovejo desapareció. A mí me dio mucho nerviosismo.

Otra noche estaba sentado en la acera por detrás de la casa, en el mismo lugar, mirando hacia la finca..., hacia el cielo, y veo de repente dos inmensas llamaradas de candela que vienen muy alto..., muy alto; pero vienen directamente hacia donde yo estoy y ¡mire!, ahí sí me asusté bastante y empecé a llamar a Zulay, mi compañera; pero cuando ella salió ya las llamaradas habían desaparecido en el cielo; pero muy altas..., muy altas.

HENRY JESÚS NAVARRO

25 años, vecino de la calle 8 de la urbanización Camburito

A mí me salió la Sayona. Era como la media noche, de doce a una de la madrugada. Yo venía para mi casa y en mitad de la cuadra vi a una mujer muy bella, vestida de blanco, que se me acercó y me dijo que cómo haría para conseguir un taxi. Yo decentemente la mandé para la salida, donde tal vez podría encontrar alguno que viniera a hacer alguna carrera y de regreso podía llevarla. Yo en ningún momento le falté el respeto, ni la ataqué, ni le dije nada, a pesar de que era bien bonita.

Mire..., yo hablando con ella y de repente desapareció y no se metió en ninguna casa porque todas estaban cerradas, además, si me había preguntado por taxis era porque no era de aquí de Camburito. A mí me dio mucho escalofrío cuando noté que ella desapareció de golpe.

